HOMILÍA DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO.

Las lecturas de hoy tratan de un tema muy importante: La corrección fraterna. En efecto parece que el camino que nos ha dejado Jesús para ir al Padre, es un camino que pasa por la comunidad. No es un camino para realizar en solitario y preocuparme solo de cómo llegar yo. Quien así lo vive, acaba desorientado y perdido. Está claro, evangelio en mano, que no solo hemos de preocuparnos de no caer nosotros en las redes del mal, sino que también hemos de velar porque no caigan nuestros hermanos.

Cuando Caín mata a Abel, Dios le preguntará: ¿Dónde está tu hermano? La respuesta de Caín es una evasiva que denota su culpabilidad: ¿Acaso soy el guardián de mi hermano? Pues sí, eso es lo que debiéramos ser unos de otros: guardianes amorosos, que veláramos solícitos, por el bien y el crecimiento espiritual de nuestros hermanos. Y digo guardianes amorosos, no carceleros violentos, de esos que siempre dispuestos a aporrear al otro “por su bien”.

Porque eso de la corrección fraterna algunos lo entienden como fijarse solo en todo lo negativo del hermano y recriminárselo sin piedad. Se convierte entonces más en un ejercicio sádico que en un acto de caridad.

La corrección fraterna no es desahogarme de todo lo que me molesta del otro. Si tu hermano te ha enojado, mejor espera a que se te haya pasado el enfado, y entonces, recuperada tu paz y equilibrio interior, dile al otro lo que pueda ayudarle a crecer, siempre desde el cariño y el amor, nunca desde la venganza y el resentimiento.

La corrección fraterna ha de hacerse sin sentirnos superiores a aquel que corregimos. O sea, ha de hacerse desde la humildad. Porque somos humanos y ninguno somos perfectos. Hoy te digo yo a ti algo, mañana me lo dirás tú a mí, y el objetivo no es dañarnos, sino crecer y caminar juntos, como hermanos, hacia el Reino de Dios.

Corregir es como podar, para que la planta de la fraternidad dé más fruto y crezca sana y fuerte. Lo contrario del ejercicio de la corrección fraterna es el coleguismo o el buenismo, es decir, callar para no quedar mal con nadie, aunque sepamos que eso que callamos permite que el mal siga avanzando.

Pidamos al Señor que nos permita ejercer la corrección fraterna con amor, por amor y desde el amor, buscando siempre el Reino de Dios y su Justicia, y no nuestro propio interés.

Mn. Antonio Reina